

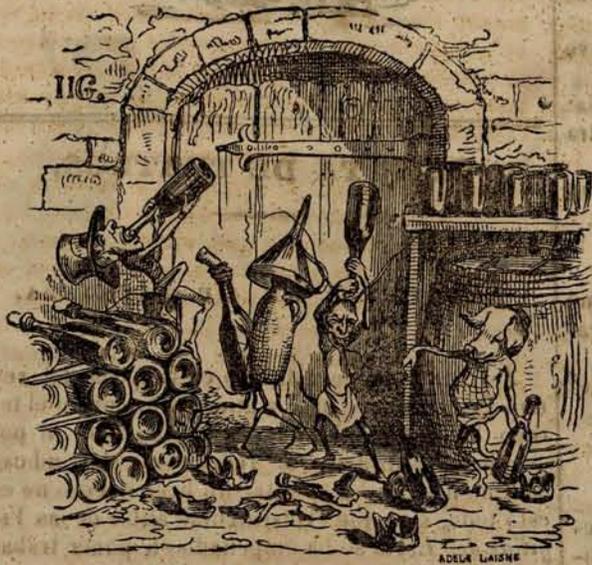
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 293

MADRID 28 DE OCTUBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



JUAN QUE RIE Y JUAN QUE LLORA.

Prometió Juan lo que de él se exigía y volvió a sentarse en medio de las ahogadas risas de toda el aula.

— ¡Ah! misericordia Agustín! me dijo luego que nos vimos solos. ¿Cómo he de componerme para salir de este apuro? No me quedan sino cuatro horas para alambicar ese montón de frases agudas con que está herizado el estudio de la filosofía; tarea superior a mis fuerzas, y ¡mas hoy que no estoy para nada.... Tanto me valdria arrojarme al río con una piedra al cuello como empeñarme ahora en la lectura de un libro cualquiera.

— ¡Por Dios, Juan, no soy de ese dictamen! le respondí. No te acongojes. Yo mismo te prepararé la disertación y no tendrás que escribirla.

Hablando de este modo, habíamos subido la calle del colegio, y nos dirigimos desde la plaza de san Felix á la iglesia de la Magdalena. Cuando llegamos al pórtico de los Cármenes seguimos nuestro camino por el paseo formado entre los antiguos baluartes de la aldea y el arrabal nuevo de san Pedro. Debía yo acompañar á Juan hasta su casa, de modo que despues de atravesar la avenida que cruzamos en toda su longitud le seguí igualmente por las otras sendas á que se da el nombre de la Herradura por la forma del papapeto que la termina: desde allí llegamos al vacía-botellas de Bagaleta, frecuentado por los que juegan las bolas y hacen bolatines los domingos. Como pasásemos por delante de la puerta y lanzáramos hacia el patio una rápida y vaga mirada de curiosidad rodeando la tapia, estábamos próximos á desembocar para bajar al barrio en que Juan vivía, en un estrecho sendero en el que colgaban por fuera del muro algunas escuálidas flores de granado, mezcladas con la porosa verdura de la yerba. De repente descubrimos en el fondo de la avenida á una muger que venia tarareando la copla de una canción. Juan se estremeció y se detuvo como si la emoción que experimentaba le impidiera dar un paso hacia adelante.

— ¿Qué tienes, Juan, le pregunté?

— ¡Es ella, es ella! Escucha, me dijo, con palabras entre cortadas por cierta especie de trastorno interior de todo su sér, que participaba de ansiedad y de espanto.

Presté oído y detrás de mí distinguí claramente la copla de la canción que aquella voz había empezado de nuevo.

¡Cuál canta Francisca,
desde el jardinillo
oigamos, mancebo
su lindo estrivillo.

Bien cantas, chiqueta,
donosa y alegre;
sin duda adivinas
que tu amante viene.

La voz que así cantaba tenia en la dulzura de su timbre, unida á toda la frescura y la toda flexibilidad de un órgano puro y juvenil, un no sé que de vibrante y picaresco que comunicaba á trechos algunas palabras un significado que no envolvian. A los dos últimos versos de la copla resonó la voz tan cerca de nosotros, que Juan en su aturdimiento lanzó un angustioso grito, y sin decirme nada hechó á correr como alma que lleva el diablo. Volviendo yo el rostro vi caminar mano á mano con otra muger de su clase á la hija de Santiago, que se sonreía dirigiéndome á cada paso un irónico saludo.

— He, he, Marieta; mira, mira; dijo á su compañera. Ese es el señor Tintin, ya sabes, el que estudia en el colegio. Buenos días señor Tintin, prosiguió deshaciéndose en grotescas cortesías. ¿Quiéres el señor Tintin que le convide á una botella de cerveza?

Yo me había instalado en el umbral de la puerta: tranquilo, inmóvil, con la frente erguida, la mano apoyada en la cadera, las miré al rostro de un modo bastante significativo para convencerlas de que no ignoraba yo con quien me las habia. Aquella postura y aquel silencio desconcertaron un poco á la hija de Santiago: casi palideció de despecho, y alcanzándome junto á la puerta, con voz seca y tosca, en que se esforzaba por acentuar todo el desprecio que intentaba manifestarme, me dijo tuteándome.

— Con que habla, muchacho. ¿Quiéres tomar una botella de cerveza con nosotras?... Te se convida.

Sin responderla todavía directamente fijé los ojos en el patio donde circulaban muchos camareros.

— ¡Ola, Perico! grité á uno de ellos á quien conocia, saca una boella de cerveza.... yo pago.

— Ah! ¿con que tú pagas? repuso la hija de Santiago; está bien... Pues que traigan bizcochos y almendrados.

Nos sirvieron en un abrir y cerrar de ojos. La hija de Santiago hizo que me sentase entre ella y su amiga. Pedro destapó la botella: la espuma de la cerveza saltó por entre la verdura. Se llenaron, se chocaron, se vaciaron los vasos, se escanció de

nuevo, y antes de beber por segunda vez cogieron Marieta y la hija de Santiago un bizcocho cada una y se entabló la conversacion del modo siguiente:

IV.

— Señor Tintin, ¿quién era ese mancebo con quien veniais? ¿Y por qué apeló á la fuga cuando vió que nos acercáramos?

— Ante todo, señorita, tened la bondad de no llamarme Tintin si os place. Velviéndola despues la espalda sin ceremonias me dirigí á la hija de Santiago y la dije: ¡Buenos ojos teneis!

— Así lo dicen, repuso ella con un tono de indiferente coquetería, mascando al mismo tiempo el bizcocho, cuyas migas enredándose en sus coloradas encias, hacian que resaltase la esmaltada blancura de sus dientes delicados, pulidos y brillantes como perlas.

— Vuestra papalina de punto, la dije, no es tal vez tan rica como la de Marieta; pero me parece mucho mas elegante y graciosa que la suya.

— ¿De veras? interrumpió Marieta, algun tanto picada.

— Vuestra sencilla pañoleta de indiana, añadió, es tambien objeto de mis predilecciones; y lo que sobre todo le trastorna el seso á alguno, es la florecilla que soleis poner en ella prendida con un alfiler de oro.

— ¿De veras? repitió Marieta, haciendo arrumacos; repara tambien en la que yo llevo. ¿Qué te parece? ¿nada te dice este lindo cogollo de rosa?

— ¡Ah! ese lindo cogollo de rosa, repliqué, no es sino una graciosa mentira.... Mas tengamos paz, señorita Marieta, y dejadme que hable á vuestra amiga.

— Dice bien; pero ¿á dónde irá á parar este mancebo? exclamó la hija de Santiago.

— A esto la respondí: solo por besar la cruz de diamantes que brilla sobre vuestro seno, enlazada con esa cinta de terciopelo negro, hay alguno que hiciera muchas locuras.

Al oír estas palabras se incorporó con sobresalto sobre su silla: me dirigió sus dos negros y rasgados ojos con una fijeza tan profunda y sostenida, que desmentia la indolente apariencia de su vida: despues, como no aparté mi vista de su rostro ante aquella mirada clara y penetrante, me dijo con un metal de voz extraño y con suma lentitud:

— ¿Acaso eres tú, mancebo?

— ¿Yo? no por cierto: no soy yo, hija de San-

tiago; pero el otro dia, continué, mientras que os probabais un vestido nuevo, no pudisteis impedir que por vuestra entreabierta reja no distinguiese alguno al pasar vuestro brazo desnudo hasta el codo, y... por último...

—¿Qué? habla.
—¿Qué he de deciros? Hay quien está perdido por vos de amores, quien piensa tomaros por esposa; y... mas que esto.

—¿Na... mas que eso? repitió Marieta en tono de zumba, y algun tanto ofendida al ver que en aquella expresion imprevista no habia un solo cumplimento hácia su persona.

—Bah, bah; murmuró con descuido la hija de Santiago.

De repente brotó un rayo de alegría en sus pupilas, se dilataron los músculos de su rostro y se puso à reir como una loca.

—¿Con que os reís? ¿Y qué es lo que os mueve à risa? la pregunté.

—Lo que tú dices, mancebo, respondió ella. —Reparad no obstante, insistí, que vuestra amiga Marieta está mas seria.

—¿Y en que lo conoces? observó Marieta, hay en eso algo de extraño?

Tampoco debe chocarle que yo me ría, dijo la hija de Santiago.

—Teneis razon, señorita, añadió: relos como gustéis, mas siempre habrá en eso algo que extrañar... Sois bastante cauta en reiros.

—¿Y en que conocéis que soy cauta en reirme? preguntó en tono medio burlon y medio grave.

—Bien lo sabeis, la dije.

—No lo sé à fé mia.

—Oh! si, si.

—¡Ah! no, no; replicó ella en un raptó de reprimida cólera; esplicate pronto; te ruego me digas cuanto sepas.

Yo estaba bastante apurado, bien lo comprendió ella; vacilé, busqué un surtefingio que eludiese la respuesta, ó al menos un rodeo de frases que hiciera imposible formalizarse sino à medias.

—No os lo digo sino me dais un abrazo.

—Abrazame y habla, exclamó ella, acercándome su mejilla de lirio y de rosa.

—Entonces abrazame à mi tambien, repuso Marieta, que no podia resolverse à no figurar para nada en todo aquel lance.

Marieta era una morena alta, de 18 à 19 años, algo flaca, su rostro poco expresivo, su talle esbelto, sutil, admirable y desenvuelto, su tez ardorosa, vivo su gesto, animados sus ojos, y su frente alta y triunfante: buena muchacha à pesar de todo, ostentando hácia la opinion un soberbio desprecio que en otra naturaleza menos inculta, hubiera pasado tal vez por el reto de un alma valerosa. Colocaos, pues, en mi lugar; la tentacion era demasiado alhagüena: hice astraccion de mi necio amor propio de niño y de toda falsa certedad de genio: las abracé à las dos, empezando por la hija de Santiago: luego à fin de reponerme de mi hazaña y con la esperanza de distraer la atencion hácia otro objeto, llamé al mozo de bagatela.

—Ola, Perico, ola; otra botella de cerveza.

—Mira el picarillo, dijo Marieta, singularmente allagada, porque no habia sido deshechada su oferta; despues que nos ha dado un beso à cada una no quiere decírnoslo.

—Vino Perico con la botella, la destapó, y llenó los tres vasos.

—A vuestra salud, mozo; dijo con chunga la maliciosa jóven, tocando la espuma con sus labios.

—Oh, caballero; si la dais oidos, me dijo Perico chanceándose, os aseguro que no será esta la última.

—¡Imbécil! esa no es cuenta tuya; gritó la hija de Santiago sonrojándose con lo que habia

dicho; ¡ea, vete! le dijo con un movimiento de cabeza, un acento y un gesto desdeñosos hasta lo sumo.

Perico no se atrevió à replicar palabra y se retiró al patio, donde entraban à la sazen algunos jugadores de bolas.

(Continuará.)



REVISTA DE TEATROS.

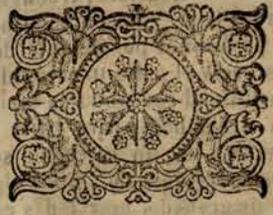
EL MOLINO DE GUADALAJARA.

Zorrilla se ha encastillado en la época del rey don Pedro, y solo hace alguna excursion en el terreno histórico de los condes de Castilla: ni por esto le censuramos. Se reduce nuestra indicacion no mas que à apuntar un hecho. Pero no es esto todo, sino que el distinguido autor de las *Vigilias del Estio* se ha empeñado en poner trabas à su brillante fantasia, encerrándola en el estrecho circulo de los horóscopos y del fatalismo, único resorte dramático que emplea en todas sus producciones; así las despoja del sello de originalidad que puede imprimirlas cuando le plazca, porque no carecen de cuantas dotes se requieren para formarse una escuela particular; un género en que no se limite à seguir irrevocablemente el usado giro que desde la esposicion revela al público esencial del desenlace de sus obras. Estos son los capitales defectos que en nuestro sentir perjudican al *Molino de Guadalajara*, irregular en sus formas para produccion dramática, poco sorprendente para melodrama; y no creemos aventurado decir que en gran parte la paródia de la segunda parte del *Zapatero y el Rey*, que tan justos aplausos y señalados triunfos le valió à Zorrilla. Bien lejos de esto, conducido naturalmente el plan del *Molino de Guadalajara*, se arrastra vacilante entre impropiedades y chuca en continuos escollos de inverosimilitudes: la accion es descolorida: el interés escaso. Vengamos ahora à sus personajes. El capitán Marchena es un hombre vulgar, y así es que al espectador no le conmueven sus delirios, ni toma parte en sus padecimientos como la tomó al ver à don Pedro de Castilla acosado por la sombra de don Enrique de Trastámara, ni mas ni menos que Marchena por las sombras de los Carrillos. Don Pedro de Castilla muere en la selva: Marchena entre tierra y agua: vaticinio que le ha sido muy fácil realizar al poeta, colocando al predestinado en lo alto de un puente, y haciendo que caiga ya moribundo, à un rio.—Zorrilla ha dejado mal trecho à doña Juana Manuel, hija de los reyes de Aragon, y muger de don Enrique, haciéndola alternar en una borrachera, que para nada hacia falta sino para que la Juanita Perez representara un papel de molinero; y decimos que la orgia era innecesaria, porque no produciendo mas resultado que la embriaguez del alcaide de un castillo y ponerle una mordaza para que no denuncie à los fugitivos, con habérsela pues

to antes ya que eran tres contra uno, hubieran sacado de delantera à los que tratasen de seguirlos la pista todo el tiempo que tardaron en embriagarse.—Ignoramos por qué el autor del *Molino de Guadalajara* se ha tomado la molestia de amoldar versos à la mala pronunciacion de un tartamudo, si à las primeras de cambio habian de imponerse los espectadores de que tenia una lengua mas flexible que el mas famoso héroe de tribuna. Carece, pues, de efecto el papel de don Pedro, lo cual no sucederia si despues de tartamudear hablase claro en una ocasion dada en un lance azaroso, en una situacion bien preparada.—Juan Perez no juega en la intriga otro papel que el de introductor de don Pedro y el de auxiliar de la evacion de la condesa, en su consecuencia no hay contraste, son dos caracteres duplicados que marchan al mismo fin por el propio camino. Aunque parezca muy secundario el carácter del que fué primero rapa barbas, y despues molinero, y por último alcaide del castillo de Alcalá, es el que tenemos por mas verosímil y acabado. Considerados en conjunto todos los personajes, ninguno de ellos resalta sobre las demas: alternan entre si, ya colocánd se en primero ya en segundo término, y quien padece todas las contrariedades de esta alternativa es exclusivamente la produccion que lleva por título *El Molino de Guadalajara*—Hacen ella trozos de excelente versificacion lirica muy chas veces, dramática pocas, en buen diálogo casi nunca.

Como interesados en la gloria del señor Zorrilla, cuyos trabajos anteriores le han hecho al público concebir esperanzas que de seguro no saldrán fallidas, le recomendamos que estudie en todos sus pormenores la época de donde tome sus argumentos, y así no supondrá que en tiempo del rey don Pedro pudiera ninguno de sus vasallos, por resuelto que fuese, dar un sopapo al mas pacífico, siendo así que el primero que se lo dió fué Basco Noño de Balboa al tomar posesion de aquel océano en nombre del emperador Carlos V. Bien agenos nos hallamos de creer que esto lo ignore don José Zorrilla: lo ocliamos à que no siempre se acierta cuando se escribe à paso de carga, pues tal vez haya tardado menos en concebir el plan del *Molino de Guadalajara* que en combinar en su mente las decoraciones que habian de exornarlo; de lo cual ya no se paga el público en gran manera, como lo demostró en *El Cardenal y el Judío*, que puede compararse con exactitud à un difunto envuelto en ricas galas.

«Todos los actores que han tomado parte en la representacion del *Molino de Guadalajara* han hecho cuanto sabian por su buen éxito, y ningun autor tiene derecho à exigir mas.» Así debe esplicarse quien atribuya el éxito dudoso de la pieza (por mas que su autor fuese llamado à las tablas) à flojedad en el desempeño de los respectivos papeles; à nosotros nos parece que no la hubo, antes bien creemos que ninguna comedia, ningun drama se ha representado en el presente año en el teatro de la Cruz con mas perfeccion y esmero. Si *El Molino de Guadalajara* hubiese sido obra de un poeta poco acreditado, lo menos que hubiera sucedido, llevando la galanteria hasta el extremo, es que al concluir la representacion nadie hubiera pronunciado su nombre.



TEATROS.

GRUZ.	Lucia.	Tabela.	Criado.	Rada.	CIRCO.
A las siete y media de la noche. Se ejecutara el drama nuevo en cuatro actos y en verso, original de don José Zorrilla, titulado:	Teresa.	Duran.	Terminará la funcion con baile nacional.		A las siete y media de la noche.
EL MOLINO DE GUADALAJARA.	B. Pedro Carrillo.	Sres. Lombardia.	PRINCIPE.		BELISARIO,
PERSONAJES. ACTORES.	Juan Perez.	Alverá.	A las siete de la noche.		Opera seria en 5 actos.
	Gil de Marchena.	Lumbreras.	Se pondrá en escena la gran comedia de magia, nueva, original, en siete cuadros escrita en prosa y verso, titulado:		Cantada por las señoras Villó de Ramos y Gariboldi y los señores Salvatori y Sinico.
	Lucas Ruiz.	Azcona.	LAS BATUECAS.		IMPRENTA DE BOIX.
	Bellestero 1.º	Carcelle.			
	Id. 2.º	Torroba.			
	Id. 3.º	Garcia.			